



LA MADRE.

AL LLÁ cuando el invierno muere lentamente para dejar el sitio á la primavera, en las noches de aquellos días claros y tranquilos en que permanecen abiertas por primera vez las puertas y las ventanas, y se tienden sobre el alfeizar los vestidos de verano, y se sacan á la galería las macetas de flores; en aquellas noches límpidas y estrelladas, no solamente la campiña, cantada eternamente por los poetas, sino las mismas ciudades, ofrecen un espectáculo hermoso, placentero, lleno de alegría y de animación.

Al pasear por las calles, sentimos de vez en cuando en el rostro un soplo de aire tibio, aromatizado: ¿de qué flores? ¿de que hierbas? no se sabe; son perfumes indistintos é ignotos, pero

corro y empieza una charla gárrula y vivaz, agrupando las cabecitas como las flores en la maceta, y respondiendo á los requiebros atrevidos de los mocitos que pasan:—¡Qué gracioso! ¡vaya un monigote!—y vuelven la espalda, pero no tanto que con el rabillo del ojo no los midan de piés á cabeza y se enteren perfectamente de quiénes son; otras, reunidas cuatro ó cinco en una sola fila, cogidas del brazo, con la cabeza descubierta recorren las calles, hurgándose con el codo al pasar éste ó aquél, hablándose al oído, riendo á carcajadas, y volviéndose de vez en cuando para reprender con severidad materna á las pequeñas, que corretean en torno.

Entre tanto, los mozos vienen de las fábricas y los talleres con el sombrero caído sobre una oreja, la chaqueta echada con descuido sobre el hombro, una punta de cigarro colgado del labio ennegrecido; vienen por las calles en grupos, contoneándose y cantando el estribillo de moda, y encuentran quizás á aquellas muchachas, y se acercan á ellas y les dan algun codazo ó les echan alguna bocanada de humo á la cara, y las pobrecillas se dispersan gritando, tosiendo y pasando la mano por los ojos lacrimosos.

Los chiquillos arrancan con las uñas y desgarran en las paredes los anuncios de los teatros; los más menudos corren y chillan por las plazuelas, y las madres, de pié á las puertas, con los recién

nacidos en brazos, formando círculo con las vecinas, olvidan el acostumbrado llamamiento á la cama, gracias á lo templado del ambiente y á la serenidad purísima del cielo.

Permanecen abiertas las tiendas, iluminadas, resplandecientes, llenas de compradores ó de curiosos, notándose entre las demás, las librerías, consistorio de anticuarios literatos, oliendo á polvillo, con las melenas descuidadas, que allí se reúnen para murmurar de la política ó del oficio. Los cafés están repletos de parroquianos, inundados por una niebla de humo y resonando continuamente con estrepitoso rumor, que cada vez que se abre ó cierra la puerta de cristales, se esparce á oleadas por la calle.

*
*
*

Era una de estas hermosas noches, cuando mi regimiento, que había llegado por la mañana á una de las principales ciudades de Italia, estaba diseminado por las calles, aguardando á que se desocupase el cuartel en que debía alojarse, y tocasen á retiro los tambores.

Los soldados estaban aún con el completo atavío de la marcha, los botines abrochados sobre el pantalon, la mochila y el saco de pan á la

espalda, y la cantimplora al costado. Fatigados de la marcha y aún blancos de polvo uniforme y cabellos, formaban grupos en las esquinas, arribaban la espalda contra la pared, cruzaban los brazos sobre el pecho, se sentaban echando una pierna sobre otra, ó permanecían inmóviles ante las tiendas de los plateros, contemplando con la boca abierta los escaparates, henchidos de medallas y de cruces de todas clases y colores, á las que hasta los más antiguos comandantes suelen dirigir, al pasar, amorosas miradas y tiernos suspiros. Algunos se habían detenido en los bodegones para reponerse con un trago de vino. Otros, los ménos cansados, vagaban por las calles; pero todos, ó casi todos tenían el aire serio, algo fosco, y hablaban poco y este poco en voz baja, algo por cansancio y soñolencia, y más por el asombro y aturdimiento que suele producir el encontrarse por vez primera en medio de una ciudad desconocida y rumorosa.

En medio de la seriedad taciturna de un corto grupo de soldados, que estaban sentados en la escalinata de una iglesia junto al cuartel, resaltaba de singular manera la alegría inquieta y la incesante charla de uno de ellos, bajo de estatura, delgadillo y ligero, de rostro imberbe y fisonomía simpática por sus grandes ojos azules, el cual subía y bajaba y volvía á subir continuamente la escalinata, saltando como un muchacho.

Ora se detenía junto á uno de ellos, otra junto á otro, y les llenaba á todos los oídos de alegre chacota, tirándole al uno de los faldones del capote, quitándole á otro de la cabeza el kópis para ponérselo en las rodillas, ó tapándole los ojos á un tercero con las manos, y diciendo:—¡Adivina quien te dió! Parecía que tuviese azogue en el cuerpo. Al pasar por delante de la iglesia reparé en él, me detuve frente á la pared opuesta, y estuve mirándolo de hito en hito y pensando cuál pudiera ser la razón de tanto y tan extraño regocijo. La fisonomía abierta y festiva de aquel soldado se me quedó grabada en la memoria.

Al día siguiente pude saber por mera casualidad lo que me preguntara á mí mismo la víspera. Aquel soldado estaba en el cuarto año del servicio. Por una serie fortuita de circunstancias, que no importa referir, desde que salió de su casa hasta aquel día no había obtenido ni la más mínima licencia para regresar á su país y ver á su familia. Cuatro años, para un soldado como supe que aquel era, muy amante de sus padres y del lugar donde naciera, de índole buena, humilde y pacata, cuatro años transcurridos sin ver á su familia ni á su pueblo, debían haberle parecido extraordinariamente largos. Y así le habían parecido con efecto, porque siempre se mostró algo melancólico: taciturno en el cuartel y fuera, casi siempre solo. En las horas de descanso, mientras

sus camaradas daban vueltas por los paseos públicos, haciendo interesadas caricias á los niños que llevaban de la mano graciosas niñeras, solía él medir á lo largo y á lo ancho la plaza de armas, con la barba clavada en el pecho, ó se sentaba sobre algun poyo de piedra en el extremo de una senda solitaria, trazando líneas en la arena con la punta de la bayoneta, y pensaba siempre en sus parientes, en sus amigos, en los lugares que no habia visto hacia cuatro años, y sobre todo: pensaba en su madre.

Su madre era una pobre campesina anciana, enfermiza, pero de carácter jovial y muy cariñosa: un corazón de ángel. De sus hijos, aquel á quien amaba con más viva ternura, y también con un sentimiento especial de solicitud y compasión generosa, era el hijo soldado, cosa muy natural, y le escribía y le hacía escribir con frecuencia, y sus cartas, leídas y releídas, besadas y rebesadas, y llevadas largo tiempo en el pecho como santa reliquia, tenían la virtud de mitigarle bastante la amargura de aquella ausencia, y lo mismo al hijo las cartas de la madre. Pero, no basta esto, no. Las cartas, al fin y al cabo, no son más que cartas, y las madres amorosas quieren ver á sus hijos, quieren tenerlos á su vista, quieren tocarlos con sus propias manos, y besarles la frente diez ó doce veces seguidas; y á los hijos no les basta saber que aquella querida cabeza, cubierta

de canas, está en casa y piensa en ellos; quieren estrechar entre sus brazos aquella cabeza, quieren posar sus labios sobre aquellas canas. Y por eso, tanto la buena vieja como su querido soldado arrastraron en aquellos cuatro años una vida de continuas esperanzas y expectativas frustradas, de melancolías, ansiedades y disgustos. El hijo, partiendo de una aldea del Norte de Italia, habia ido con su regimiento á Sicilia, donde permaneció dos años. ¡En Sicilia, pobre madre, con aquel mar tan grande por medio! De Sicilia habia pasado á Calabria, donde habia estado un año, y otro año en la Italia central. Finalmente, cierto día esparcióse en el regimiento la voz de próxima marcha.—¿Adónde vamos? preguntó nuestro soldado al sargento de su compañía, y aguardó la respuesta con la respiración en suspenso y con la mano en el corazón, que queria saltar del pecho.—A la Italia septentrional, le respondieron. Se le removi6 toda la sangre.—¿Y á qué punto? preguntó otra vez cambiándole el júbilo el semblante. El sargento le dijo la ciudad. ¡Era la más próxima á su pueblo! Lloró. Aquella misma noche, apenas pudo, escribió á su casa.

Y ahí teneis la razon de la alegría de aquella noche. ¡Aquella ciudad estaba á pocas millas de su aldehuela!

*
*
*

Ahora, con lo que supe despues, con lo que yo ví, y lo que sin verlo pude imaginar ó suponer, porque debió ocurrir precisamente, quiero hacer os un relato, que quizás os inspire el deseo de dar un beso algo más fuerte que de costumbre á vuestra madre.

Habian transcurrido dos días desde la llegada. Nuestro soldado estaba aún ideando el proyecto de pedir licencia por algunos días para ir á su casa, cuando por la noche, en el dormitorio de la compañía, buscólo el furriel, y al encontrarle le dijo:—Toma esta carta, de cerca viene.—Apénas se la habia dado, ya estaba abierta y desplegada á la luz de un farol, entre dos manos temblorosas, y bajo dos ojos muy abiertos y resplandecientes con dos gruesas lágrimas. Leyó la carta rapidísimamente, siguiendo con el movimiento de la cabeza el vaiven de los ojos, y balbuceando confusamente las palabras. Luégo de leída, dejó caer los brazos, levantando los ojos al cielo, y aquellos dos lagrimones, despues de haberse detenido temblando en las pestañas, desprendiéronse, corrieron por las mejillas sin deshacerse, y

vinieron á caer, calientes aún, en sus manos. La carta era de su madre, y decia: «Mañana iré á la ciudad á pié. Hace cuatro años que no te veo. ¡Ay, hijo mio, ya no puedo aguantar más! ¡Tengo tanta necesidad de echarte los brazos al cuello!»

Aquella noche no pudo cerrar los ojos. Metióse en la cama inquieto y no pudo descansar. No hizo otra cosa más que volverse de un lado á otro, tenderse boca arriba, tenderse boca abajo; pero siempre en vano, porque le pesaba la manta, y sentía como una fiebre interior, como una opresion al pecho, una necesidad continua de moverse, y un penoso afan de aire libre. A cada momento apartaba la cubierta de la cama, suspirando, dando resoplidos, como si estuviese acostado á la boca de un horno. De vez en cuando se incorporaba y permanecía sentado en la cama, mirando á sus camaradas: todos dormian profunda y tranquilamente, como se suele dormir en primavera. Contemplaba un pedacito de cielo estrellado, que se divisaba por una estrecha ventana de la pared opuesta y en su interior decia:—¡Oh si estuvise yo en el campo respirando aquel ambiente!—Miraba una linterna colocada en un lejano rincon, la cual esparcia en torno suyo un resplandor trémulo, que á intervalos crecia y menguaba, y parecía que aquella claridad le aumentaba el afan y se le hacia el tiempo más largo. Despues, se extendia de nuevo en la

cama, y se ponía á pensar en el día siguiente, cerrando los ojos y permaneciendo inmóvil, para ver si se adormecía con aquel grato pensamiento. Pero siempre en vano. Aquel grato pensamiento no le daba reposo: inmóvil estaba su cuerpo, cerrados estaban sus ojos, pero el corazón palpitaba y palpitaba, como si le dijese:—No dormirás, no dormirás;—y al poco rato tenía que abrir de nuevo los ojos y mirar de nuevo alrededor, y así pasaron muchas horas y muy largas.

Por fin venciólo el cansancio, acallóse el corazón, tranquilizóse la inquieta fantasía. Durmióse. Soñó el día siguiente, soñó á su madre, pareciale verla allí, en pié junto á su cabecera, sonriente; pareciale sentir que le pasaba su mano por la frente, y soñaba que cogía aquella mano y que la besaba. Despues, de pronto, parecióle haberse vuelto niño, y que estaba en su casa, y viniéronle á las mientes una por una cien insignificantes escenas de la vida doméstica en sus primeros años. En aquellas escenas siempre aparecía su madre; consolándolo si lloraba, defendiéndolo si lo amenazaba su padre, curándolo si se habia aporreado, asistiéndolo si estaba enfermo, siempre solícita, siempre cariñosa, siempre madre. Despues, soñó que era mozo, acórdose del día de la partida, del llanto materno, de los largos y renovados abrazos, de las palabras de despedida y de consuelo, y sintió que se le desgarraba el

corazón lo mismo que aquel día, sintió que lo estrechaban los brazos de su madre y no lo querían dejar partir; trató de soltarse, no pudo, exhaló un sollozo...: estaba despierto. Miró alrededor, pensó, aclarósele su situación, y aquel fué un momento de alegría que puede quizás imaginarse alguna vez, pero que no podrá expresarse jamás.

Abajo, en el patio del cuartel, estalló un fragoroso redoble de tambores. Todos saltaron de la cama. Vistióse nuestro soldado apresuradamente, é hizo como los demás las acostumbradas faenas de la mañana, con el rostro sereno y alegre, pero con la calentura encima y el corazón violentamente agitado. Mordíase los labios, pasaba y repasaba la mano por la frente, que le quemaba; preguntaba á cada paso á sus compañeros qué hora era, y se miraba continuamente de cabeza á pies para ver si estaba aseado y limpio.

Finalmente, llegó aquel suspirado mediodía, suspirado porque su madre, saliendo de casa, como le decía en la carta, á las nueve de la mañana, debía llegar á la ciudad despues de mediodía, teniendo en cuenta el camino que tenía que hacer y la lentitud con que la pobre vieja debía de recorrerlo. Precisamente, á aquella hora saldrían los soldados del cuartel para hacer ejercicio. Nuestro buen hijo, haciendo valer la carta de su madre, obtuvo dispensa de aquel ejercicio.

Salieron los soldados, quedaron desiertas las cuerdas, y él subió la escalera, corrió á su cama, apoyóse en ella, y se detuvo un instante en pié, pero no podían sostenerle las piernas y sentía muy agitada la respiración.

Al poco rato, se sentó en la cama. Apuntaló los codos sobre las rodillas, apoyó el rostro sobre las palmas, clavó los ojos en el suelo; y pensó:—Vendrá, vendrá aquí, aquí mismo, á este cuartel. ¡Dios mio!—y riendo de una manera ahogada é interrumpida, rascábase la frente con ambas manos.—Cuatro años que no la veo, cuatro años, y señalaba con los cuatro dedos de la mano.—¡Cuán largos han sido! y le venían á la mente las tristezas, los desalientos y las angustias padecidas.—¡Oh! exclamaba despues con acento suave y trémulo de amorosa compasión, juntando las manos y moviendo ligeramente la cabeza, con los ojos fijos en un punto de la pared, como diciendo: ¡pobre madre mia! ¡y tú partes de tan léjos para venir á verme, y vienes sola, vienes á pié, y haces tantas horas de camino con este sol, y llegarás á esta ciudad tan grande, en medio de tanta gente, sin saber donde estoy yo, y tendrás que preguntar acá y allá donde pára mi cuartel, y tendrás que andar por esas calles sola, vieja, enferma, y quizás te perderás é irás por ahí sin saber adónde, y se te oprimirá el corazón por no encontrarme...! ¡Oh pobrecita vieja!—y conti-

nuaba con las manos juntas y los ojos fijos en la pared, y apretaba con los dientes alternativa y rápidamente el labio superior y el inferior, y abría y cerraba muy deprisa los párpados, como para detener las lágrimas que estaban á punto de salir, y repetía de vez en cuando:—¡Pobrecilla vieja!

Despues, se pasaba ambas manos por la cara, sacudía la cabeza, exhalaba un suspiro, levantábase impetuosamente y paseaba por la estancia con pasos precipitados. Al poco rato se detenía de pronto.—¿Será ya hora?—corría á la ventana que daba á la calle, asomábase todo lo que podía, miraba á derecha é izquierda, una, dos, tres veces: nada. La sangre se le subía á la cabeza. Pensemos en otra cosa, decía para su colete, y se esforzaba en arrojar de la mente la imágen de su madre, para engañar así el tiempo. ¡Arrojar aquella imágen, pobrecillo, era imposible! y renunció á ello, y se colocó al lado de la cama.

—Mira, madre, decía despues en voz alta, extendiendo las manos abiertas; yo te quiero tanto, ¿sabes? tanto... Miró en derredor: no había nadie; prosiguió:—tanto, que en este mundo no se puede querer más, y dejando caer las manos juntas sobre la cama, seguía moviendo suavemente la cabeza, como para significar con mayor claridad el sentido de sus últimas palabras:—No se

puede querer más.—Después, de improviso, estremecíase, y—¿será hora?—preguntábase de nuevo, y de nuevo se dirigía á la ventana, y al llegar á ella se detenía de súbito y daba media vuelta, diciendo en su interior,—no, no debes mirar,—y golpeaba el pavimento con el pié como para repetir, no; pero sonreía y aquella sonrisa quería decir—¿y por qué no he de mirar?—y en efecto, después de un instante de vacilacion, asomábase á la ventana y miraba; nada.

Volvía al lado de la cama y estudiaba alguna manera de matar el tiempo. Doblaba un brazo, con el índice extendido contra la barba, sostenía el codo de aquel brazo con la palma de la otra mano, y fijando los ojos en la cama y apoyando en ella la rodilla, volaba con el pensamiento á su casa, veía á su madre hacer un envoltorio de camisas y pañuelos para llevárselo á él; la veía despedirse de los suyos, ponerse en camino; la acompañaba con la vista de la mente á lo largo de la carretera ¡aquella carretera tan larga! en toda la fuerza del sol, en medio de la polvareda que levantaban los carros y los coches corriendo rápidamente, veía cómo pasaban aquellos carruajes, rozándole las faldas á la pobre vieja, y ella, insegura sobre sus débiles piernas, no tenía tiempo para apartarse. Uno de ellos llega más veloz que los otros, ya está cerca de ella, ya va á atropellarla:—¡Apártate!—iba á exclamar el hijo, ha-

ciendo sin advertirlo la acción de cogerla de un brazo y separarla á un lado. Y le señalaba con el dedo los peligros que tenía que evitar, los sitios de la carretera llenos de piedras, los trozos resbaladizos de las márgenes, y después de andar y más andar, parecíale ver á la pobre mujer, que venía vacilante, cargada con el fardo de la ropa, fatigada, sedienta, y se le partía el corazón y sollozaba y decía entre sí:—¡Oh! ¡pobre madre mía! Dame ese fardo; deja que yo te lo lleve; dame el brazo.—Y apartaba del cuerpo el codo derecho y le parecía sentir introducirse entre el brazo y el costado otro brazo tembloroso, y con la mano izquierda, manteniendo siempre los ojos inmóviles y atónitos, iba palpando el aire en busca de la mano de su madre...

Luégo, volvía en sí: la idea de que dentro de pocos momentos abrazaría á su madre, le venía de nuevo á las mientes, y saboreaba, como la vez primera, toda su dulzura; se le animaban los ojos, los labios le temblaban, todas las facciones se le transfiguraban de la alegría. Entreabría sus labios una leve sonrisa, después una sonrisa abierta y franca, por fin, un sollozo de convulsiva risa; el pecho y la espalda se le levantaban y bajaban, como si hubiese dado una larga carrera; otro sollozo, otro más fuerte, otro aún, una explosión de llanto, y se dejaba caer sobre el lecho, con el rostro entre las manos, y sofocaba contra

CASILLAS
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 D. A. N. I.

las mantas de la cama aquella mezcla de lloro y risa, sacudiendo todavía la cabeza, como si dijese:—¡Pobre madre mia!

—¿Te vuelves imbécil?—gritó un cabo, atravesando el aposento y deteniéndose al umbral de la puerta por donde tenía que salir.

El soldado se estremeció, se levantó en pié, se volvió y lo miró con los ojos húmedos de lágrimas y la boca abierta á la sonrisa. No habia comprendido. El cabo marchóse murmurando:— ¡Qué estúpido!

Al quedar solo, estuvo un minuto pensativo; luego, como impulsado por una idea súbita, cogió la mochila, púsola sobre la cama, la abrió, despues de haber tentado algun rato con los dedos trémulos las hebillas de las correas! metió dentro furiosamente las dos manos, sacó de prisa cepillos, peines, cuchara, todos sus enseres; los ordenó sobre la cubierta; empuñó un cepillo, apoyó un pié sobre uno de los banquillos de la cama, inclinóse y comenzó á cepillar con toda su fuerza los botines, deteniéndose de vez en cuando para ver si quedaban bien.—Quiero estar más limpio que un espejo—decia entre sí, poniendo la cara muy seria y continuando el cepilleo.—Quiero parecerle bien.—Limpíos ya los botines, siguió cepillando todo el uniforme; despues registró otra vez la mochila, y sacó un espejito redondo, abriólo, se miró...

Cuando el ánimo está profundamente agitado por un sentimiento fuerte y generoso, y la imaginacion llena de risueños pensamientos, los ojos y la sonrisa se impregnan tambien de la nobleza de aquel afecto y de la serenidad de aquellas ideas, hasta el punto de que el rostro ménos bello se ilumina en aquel instante con un resplandor de hermosura. No es extraño, pues, que el buen soldado, mirándose en el espejo, y viendo resplandecer el alma en el semblante, sonriese con ingenua complacencia...

Se oye abajo, en la escalera, rumor de pasos precipitados: el soldado atiende; el rumor se acerca; se oyen los pasos en la próxima estancia; es el cabo de guardia; entra, mira alrededor, ve á nuestro jóven.

—Oye, exclama, llamándolo por su nombre; á la puerta hay una mujer que te busca.

—¡Madre mia!—gritó con súbito impulso el hijo, y echó á correr; atravesó volando las cuerdas; precipitóse por la escalera, devoró el patio, se lanzó á la calle, entrevió una figura de mujer, se dirigió á ella, deslumbrado y ciego; ella le abrió los brazos, él cayó en los suyos, y los dos dieron un grito. El hijo posó las abiertas palmas sobre las sienes de la madre, clavó los dedos entre sus cabellos canosos, le inclinó la cabeza hácia atrás, le miró á los ojos que estaban fijos en los suyos; despues apretó aquella cabeza querida

sobre su hombro, la cubrió con sus brazos, pegó los labios á sus cabellos, que habian quedado descubiertos al caer la campesina toca. La buena mujer ahogaba sus sollozos contra el hombro del hijo, y abrazándolo por la cintura, dejaba correr las descarnadas manos sobre el tosco capote, que para ella en aquel momento valia más que un manto real.

Los soldados de guardia, separándose á respetuosa distancia, contemplaban inmóviles y silenciosos aquel sagrado abrazo, aquel semblante animado por profundísima impresion.

Yo, que aquel día estaba de guardia en el cuartel, hallábame allí cerca, á la puerta de mi pabellon, y miraba tambien.

—Repóngase, madre; hágase ánimo; no llore así. ¡Dios mio! ¿Es este motivo para llorar?—decia el hijo con voz cariñosa, y con ambas manos le colocaba tras las orejas los cabellos, que en el ímpetu del primer abrazo se habían descompuesto y enmarañado. La vieja continuaba sollozando, sin lágrimas ni palabras, hasta que levantando los ojos al rostro del hijo, sonrió, dió un gran suspiro, como si le quitasen un peso del corazon, y murmurando:

—¡Hijo mio!—abrazóle de nuevo.

—¿Está V. cansada?—preguntóle el soldado, desenlazándose de sus brazos.

—Un poco —respondió ella, sonriendo. Y vol-

vió los ojos y miró alrededor, buscando donde dejar el voluminoso fardo que traía.

—Entre V. aquí,—dije yo, abriendo la puerta de mi pabellon.

—¡Oh, señor oficial!—exclamó, volviéndose hácia mí, y saludándome con una reverencia,—gracias, señor oficial.

—Su hijo quedó algo confuso.

—Entrad, repetí; entrad.

Entraron tímidamente y se acercaron á la mesa; la vieja dejó sobre ella el bulto; yo me separé á alguna distancia.

—Deja que te vea, hijo mio; vuélvete del otro lado.

El soldado, sonriendo, se volvía á un lado y otro, para que ella lo contemplase. Y ella, haciéndose atrás, midiéndolo de piés á cabeza y juntando las manos exclamaba afectuosamente: —¡Qué bien estás así!—Y se sentia rejuvenecer la pobrecilla, y casi le entraban ganas de ponerse á brincar. Se acercaba, se alejaba, volvía á acercarse y lo devoraba con los ojos. Le ponía las manos sobre los hombros, y las dejaba correr á lo largo de los brazos hasta cogerle las manos; aproximaba el rostro á su pecho para examinar los botones; despues, notando que le habia empañado con el hálito la chapa del cinturon, se la limpiaba con la punta del delantal; finalmente, despues de haberlo mirado y remirado un buen

rato, le echó amorosamente una vez más los brazos al cuello, llamándolo por su nombre.

Luégo, separóse repentinamente de él, preguntándole:

—¿Y la guerra?

El hijo sonrió, y ella repitió:

—¿Y la guerra, cuándo vais á la guerra?

—Pero, ¿quién habla de guerra?

—¿Qué? ¿De veras? ¿No hay guerra? preguntó muy contenta; ¿no hay guerra ni la habrá?

—Si la habrá ó no la habrá, no es cosa que puede saberse...

—Luégo la habrá. Dime la verdad, hijo mio.

—Pero ¿qué quiere V. que sepamos nosotros, pobres soldados?

—Pues, si no lo sabeis vosotros, que haceis la guerra, replicó con acento de profunda convicción, ¿quién lo ha de saber?

Y dicho esto, permaneció inmóvil, aguardando contestacion, con tal aspecto y actitud de curiosidad, con una sonrisa tan afectuosa en los labios, y con un resplandor tan inefable en los ojos, que su hijo, sonriendo tambien, quedóse extático mirándola, y le pareció tan bien en aquel momento, sintió en las entrañas un nuevo y tan vigoroso impulso que le arrojaba hácia ella, que se le echó encima de un salto, le apretó la cabeza entre las manos, se la besó, se la meneó jugueteantemente como se hace á los niños, y poniéndole

otra vez los labios en la frente, murmuró sonriendo:—¡Viejecita mia!

Y yo, mirando aquello, apoyado de espaldas á la pared, pensaba así:

—Ahí teneis un hombre que adora á su madre. No puede dejar de ser un buen soldado, respetuoso, dócil, pundonoroso y valiente. Valiente, sí, porque las almas que sienten el amor de una manera profunda y firme, no pueden ser cobardes. Ese soldado, si va á la guerra, se hará matar en el campo de batalla y espirará con el nombre de su madre en los labios. Enseñadle lo que es la patria, hacedle comprender que la patria son cien mil madres y cien mil familias como la suya, y amará la patria con entusiasmo. Pero hay que comenzar por la madre. ¡Oh! si se pudiera descubrir el primero y verdadero gérmen de todas las acciones honradas y generosas de que nos enorgullecemos, lo descubriríamos siempre en el corazon de nuestra madre. ¡Cuántas medallas del Valor Militar debieran brillar sobre el pecho, no de los hijos, sino de las madres, y cuántas coronas de laurel, en vez de ceñir una frente juvenil, debieran colocarse sobre alguna cabeza calva! ¡Madres, no debierais morir nunca! Ó debierais, por lo menos, estar al lado de vuestros hijos y acompañarles hasta el fin en el camino de la vida. Ante vosotras, aunque fuésemos ancianos, seríamos siempre niños, y os amaríamos con

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 DE
 MADRID

el mismo amor. Y vosotras nos dejais solos... ¡Oh, no, solos no! Nos queda vuestra grata memoria; vuestra querida imágen está siempre ante nuestros ojos; vuestros cariñosos consejos están siempre presentes en nuestro espíritu. Y esto nos basta. Cada vez que nos asalta el tedio de la existencia, ó algun cruel desengaño hace nacer en el corazon un sentimiento de odio á los hombres, entre los hombres y nosotros surgirá vuestra imágen santa, pacificadora; nos parecerá que nos llama por nuestro nombre vuestra dulce voz con la cual nos reprendíais y amonestábais cuando éramos pequeñuelos, y doblaremos irresistiblemente las rodillas, y juntaremos las manos ante vuestra imágen y os pediremos perdon!...

En aquel momento llegó al cuartel, refunfuñando, el capitan inspector.

—¿Dónde está el oficial de guardia?—preguntó á alguien fuera de la puerta.

Vilo, salí de mi ensimismamiento, adelantéme hácia la puerta, me planté delante de él, tieso, rígido, con la mano en la visera:—¡Presente!

Me miró fijamente é hizo cierto gesto como para preguntarme: ¿qué diablos tiene?



EL HIJO DEL REGIMIENTO.

I.



MIENTRAS no hay apariencia diferente en las formas, existe entre los chicos y las chicas, una comunidad completa de juegos y solaces infantiles; pero cuando se queda para las niñas la suavidad y blandura de los contornos, y empiezan en los niños á pronunciarse las formas del hombre, entonces aquella comunidad se rompe y desaparece poco á poco. El un sexo se dirige y atiene definitivamente á las muñecas, y el otro se entrega por entero á los fusiles, á las cornetas y á los tambores.

Unida á la pasion de las armas suele crecer en los niños la pasion por los soldados; pasion tem-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CARRERAN DE LA UNIVERSIDAD